

LA MODA DEL "TREMENDISMO" ENTRE CIERTOS ESCRITORES CRISTIANOS.

A juzgar por los comentarios que se repiten machaconamente en algunas revistas, el pueblo cristiano está en rebeldía. Y si no lo está, "debe" de estarlo cuanto antes. Según tales escritos, los jóvenes se consideran incomprensidos; los sacerdotes se muestran inconformes con sus Obispos; la reforma conciliar va siempre demasiado despacio; los unos constituyen comisiones laico-elesiásticas para decidir si los sacerdotes deben casarse o no, o para aconsejar tal o cual contraceptivo; los otros se lanzan a innovar en la Liturgia, sin esperar a que Roma decida; éstos, dejando sus ovejas propias, se van en busca de las que se encuentran separadas por el ateísmo o la herejía, para ver si entre todos y a fuerza de diálogo llegan a "encontrar la verdad"; aquellos publican teorías dogmáticas más o menos distantes de las sustentadas por el Vaticano II. Todo ello —aseguran— lo hacen basados en una "recta" interpretación de las directrices conciliares.

Una carta angustiada.

No hace mucho nos escribía un excelente cristiano: Dígame si todo eso que escriben Uds. en sus revistas refleja una realidad. Si es verdad que nosotros, el Pueblo de Dios, estamos en rebeldía. Porque yo, por más que me esfuerzo, no acierto a dar con esa desbordante rebeldía si no es algunas revistas y libros católicos, fuera naturalmente de lo que nos dice algún que otro sacerdote o de lo que opinan algún que otro grupo de laicos.

Y continuaba: "Pero, ¿qué son estos grupos de inconformistas si se comparan con los miles de cristianos que hay en nuestros países de Latinoamérica, los cuales parecen hallarse totalmente al margen de esta revolución en marcha, que Uds. nos han descubierto? No se lo que pasará en otras partes, pero en cuanto a nuestros jóvenes le diré lo siguiente: yo tengo cuatro hijos; entre mis amigos y parientes trato a una cincuentena de muchachos y muchachas en edad de pensar por cuenta propia. Pues bien: en todas estas familias no se conoce un solo caso de incompreensión entre padres e hijos —esa incompreensión que según Uds. es un gravísimo "problema". Es cierto que ellos, los jóvenes, tienen sus gustos, sus maneras de pensar, de divertirse, hasta de vestir diferentes de las que nosotros tuvimos a su edad. Pero ni nosotros nos oponemos a esas actitudes nuevas, que con-

sideramos muy comprensibles, ni ellos se quejan de nosotros cuando consideran nuestra indiferencia hacia sus peinados melencidos o hacia su música ye-yé".

"Yo creo que estos hijos nuestros no son más innovadores que lo fuimos nosotros a su edad. Ni mejores ni peores, ni más exaltados ni menos. También nosotros encontrábamos un tanto anticuados a nuestros progenitores. Y llegará un día en el que los jóvenes actuales se verán relegados a una honrosa segunda línea por la otra ola, más joven que ellos, que les empujará hacia el ostracismo y les considerará también tan anticuados como ellos nos consideran hoy a nosotros".

"A mi modo de ver ocurre lo mismo cuando se trata de otros sectores de nuestra sociedad cristiana, sean sacerdotes, sean seminaristas, sean religiosos, sean autoridades de la Iglesia".

"¿Es que están Uds., todos los sacerdotes, todas las autoridades eclesiásticas, convencidos de que es una realidad absoluta lo que éstos nos dicen, lo que sus revistas nos cuentan? Y si no lo están, ¿por qué no hablan Uds. para que los laicos, que tendremos ignorancia pero que no tenemos mala voluntad, sepamos a qué atenernos?"

Nuestra Respuesta.

Hemos de confesar que esta carta nos dejó perplejos. Incluso nos sentimos un poco culpables. Es verdad. Nuestros cristianos, el Pueblo de Dios, o lo que es igual la mayoría de nuestros cristianos sencillos, obedientes, deseosos de proceder bien, vive al margen de todo ese mundillo de nuestras disputas y propagandas, y piensan que les basta y les sobra con seguir fieles a lo que siempre y también ahora les propone la Santa Madre Iglesia, como doctrina sólida y universal.

Nos sentimos culpables —decíamos antes— y así es. Porque reconocemos que para muchos nos es más cómodo callar y dejar hacer. Incluso nos es menos arriesgado. Porque el protestar nos expone a ser blanco de las iras de estos defensores de la caridad hasta para con los ateos, pero que no perdonan que un sacerdote o un Obispo invoquen esta misma libertad con la que ellos hablan para exponer otras opiniones distintas de las suyas.

Toda actitud que no concuerde con la de ellos, será ridiculizada, tratada de retardataria, propia de gentes que no quieren entender las

orientaciones del Concilio, y que con su postura secesionista están creando las divisiones, las sectas, los partidos, dentro del bloque monolítico que forma, o debe formar, el Pueblo de Dios.

Esta es la razón por la que —a nuestro juicio— frente a esta moda del “tremendismo”, frente a este pujilato en el que cada cual se esfuerza por llegar más allá que sus contrincantes, apenas hay quienes tengan arrestos por mostrarse ecuanímenes a costa de sentar plaza de “idiotas” y de verse relegados a una discreta penumbra, a una especie de limbo de los niños, por su empeño en hacer uso de su libertad de opinión.

Estos tales prefieren callarse y limitarse a responder con una escapatoria anodina a quienes les piden una explicación.

Y en cuanto a la carta a que hicimos alusión más arriba, hemos de responder a nuestro comunicante haciendo una distinción: no en todos los países es idéntica la situación, ni en todas partes es igualmente necesario el insistir sobre ciertos puntos. Hay naciones en el mundo donde los católicos están en mayoría. Otras, donde ni los católicos ni siquiera los otros cristianos tienen una preponderancia acusada en la vida social. Hay juventudes y juventudes. Y ese inconformismo a que se refiere nuestro comunicante no se da apenas en muchos de nuestras Repúblicas, mientras que puede constituir realmente un elemento digno de consideración en otras partes, como pueden ser los EE. UU., Francia o Alemania.

Por ello creemos que el pecado de nuestros escritores está en empeñarse en generalizar, en crearse “obligados” a divulgar entre nosotros el conocimiento de estas situaciones extrañas a nuestra América, como si éste fuera el medio de atajarlas, cuando lo que se puede producir con su divulgación es echar leña al fuego y crear un confusionismo innecesario. En ciertos autores y en ciertos estilos encontramos a veces algo más que eso, mucho más. Se ve un abierto intento propagandístico hacia “sus” ideas y una clara invitación a los lectores a compartirlas. Por un cierto “snobismo” o por un prurito infantil de aparecer siempre “a la page”, hablan en una jerga ininteligible para nuestros fieles, pero que les produce al menos una especie de escándalo y les lleva a veces —como a nuestro comunicante— a sospechar si no hay en todo este empeño algo menos elevado que el mero deseo de informar a sus lectores.

Porque una cosa es el exponer con imparcialidad cómo andan estos asuntos por otras tierras, para que se conozcan —cosa necesaria sobre todo en las capas intelectuales— y otra muy distinta ese modo de escribir desenfadado y agresivo, en el que más que exponer serenamente modos de opinar o de actuar a veces muy

discutibles, se toma partido siempre por lo “más” avanzado, por lo “más” radical y se da por supuesto que lo que el autor escribe es lo que los lectores deben pensar y admitir, si no quieren ser considerados como gentes atrasadas, como despreciables “conservadores”.

No sólo no nos oponemos —líbrenos Dios!— a que se divulgue entre el pueblo cristiano cuanto el Concilio ha dicho, y que se procuren corregir donde haga falta modos anticuados de vivir nuestra fe o de practicar la Liturgia, de acuerdo con los deseos del mismo Vaticano II. Creemos conveniente que se instruya a todos: a los de abajo y a los de enmedio y también a los de arriba. Pero creemos que esta educación hay que darla totalmente y solamente a base de la doctrina del Concilio y a base de su interpretación oficial, que es la que nos viene de Roma autorizada por la augusta palabra del Sumo Pontífice, o de nuestros Obispos reunidos en Sínodo universal o nacional, pero no a base de lo que a cada cual se le ocurra opinar, por muy “docto” que se considere.

Es lo que ha repetido varias veces Pablo VI en sus constantes alocuciones a los grupos de fieles que acuden a visitarle en Roma. Y ese esfuerzo suyo por indocinar al pueblo cristiano denuncia la preocupación del Papa de que este pueda ser víctima de una desorientación causada, no desde fuera, sino desde dentro.

Si todos los pioneros doctrinales más o menos “tremendistas” dejaran de lado sus criterios propios, creo serán menos los casos de personas que —como nuestro comunicante— se extrañaran de tantas “cosas” y tan peregrinas como leen por esas revistas cristianas.

Véase lo que escribía no hace mucho tiempo el P. Segundo Llorente, S. J., en la revista “Misiones” (Mayo de 1967):

“Oímos por doquier lamentos de los trastornos que los decretos conciliares están ocasionando en parroquias y comunidades católicas, no porque los decretos sean malos, claro está que no, sino por lo mal que son entendidos, o por el mal tino con que son aplicados, o por la falta de preparación para recibirlos con ecuanimidad, o por la conciencia errónea, de que todo lo que sea cambio es por el mero hecho claudicación y derrotismo”.

“Por otra parte no faltan quienes han visto en el Concilio una especie de comité revolucionario que canoniza el desorden y la libertad total en materias eclesásticas. Sintiendo pescadores en río revuelto, se lanzan audaces como pistoleros en un motín y disparan alegremente contra el pasado, como si la Iglesia hubiera estado dormida desde el siglo V hasta la aparición de Juan XXIII. Creen arreglarlo todo introduciendo las prácticas más irritantes y las doctrinas más descabelladas”.

"La prensa sensacionalista de Norteamérica se deleita morbosamente en atizar el fuego. Día tras día nos viene machacando los ojos y los oídos con fotos y noticias de frailes que se casan y siguen diciendo Misa, curas que se rebelan, monjas que salen por doctrinas condenadas y católicos que protestan contra esto y aquello y lo de más allá. Y así un día y otro día. Mil quinientas mujeres son consultadas sobre si se deben casar los curas; sobre el divorcio; sobre el aborto y sobre el control de la natalidad. Naturalmente hay opiniones para todos los gustos. En seguida vienen los hallazgos sensacionales. El 48% dicen que los curas debieran casarse. El 67% dicen que las leyes sobre el aborto deben ser "liberalizadas". Almas buenas y piadosas que lo leen, ponen el grito en el cielo y predicen que el diablo se lo está llevando todo de calle y que Dios va a mandar sobre la tierra un castigo sin precedente. Y sigue rodando la bola, como si del fallo de un puñado de mujeres con minifalda dependiera el porvenir de la Iglesia de Cristo ante la cual se estrellarán siempre todos los ataques del infierno".

LEMERCIER SE CONVIERTE EN "FUNDADOR" DE UNA NUEVA COMUNIDAD.

Recordarán nuestros lectores lo que sobre la "experiencia" del psicoanálisis freudiano en la Abadía Benedictina de Cuernavaca escribimos en "ECA" (Mayo, 1966, pág. 110).

El "affaire" ha entrado en una nueva fase. A la vuelta de Roma, a donde había sido llamado y donde se le había conminado que abandonara ese camino no aprobado por la Iglesia, el P. Lemercier hizo unas declaraciones a la prensa mexicana en las que afirmaba que había resuelto renunciar al menos temporalmente al sacerdocio y cortar los vínculos que le atan con las estructuras monásticas actuales. Añadía que junto con la mayor parte de sus monjes había resuelto formar una nueva comunidad que se llamaría la "Familia de Emaús", abierta a todos sin distinción de ideologías, religión o sexo. "El elemento unificador de nuestra familia será la fe en el hombre", como inspiradora de "nuestras relaciones fraternales de respeto y amor".

"Un día, —añade el ex-Abad benedictino— matrimonios deseosos de trabajar con nosotros en este rebasar del hombre por medio del psicoanálisis, se establecerán alrededor del núcleo de aquellos cuya vida será 'monástica' en su sentido primero de 'solo', 'soltero', sea por un tiempo hasta prepararse a formar un hogar, sea con carácter permanente, pero sin votos, en una sublimación de su vida sexual. Y a su debido tiempo se formará también un grupo femenino paralelo al nuestro".

Por su parte el Obispo de Cuernavaca, Mons. Sergio Arceo, comunicaba a los fieles estos acontecimientos con unas frases de gran conmiseración y respeto, prefiriendo abstenerse de juzgar a los monjes de Santa María y pidiendo a Dios que "les descubra en esta hora su voluntad y los haga permanecer fieles a ella".

En una conferencia tenida en la Sala de Prensa del Vaticano, Mons. Vallainc ha declarado que el P. Gregorio Lemercier está suspendido "a divinis" por no haberse conformado a lo resuelto por la Comisión Cardenalicia que examinó su caso. ("Osservatore Romano, 17 Junio, 1967).

Para renunciar al ejercicio del sacerdocio, aunque no a la Iglesia ni a la religión, el P. Lemercier debiera haber presentado previamente al Santo Padre una demanda en este sentido, acompañada de la opinión de su Superior mayor, que es en este caso el Abad primado de los Benedictinos. Si además quisiera dejar la Orden, debería conseguir primero un Obispo benévolo que lo recibiera.

Ni que decir tiene que esa nueva comunidad de que habla el P. Lemercier se ha constituido a espaldas de Roma y sin aprobación ninguna suya.

Su libro "Diálogo con Cristo" debe retirarse de las Bibliotecas de los centros de estudios eclesiásticos, por contener afirmaciones teológicas erróneas y observaciones contrarias al buen gusto y que a veces llegan a resultar blasfemas.

Sobre esta aventura fundacional escribía el P. Enrique Meza, S.J.: "Una vez constituída la nueva comunidad de Emaús, ¿no hay un serio peligro de naturalismo? ¿No hay un peligro serio de hacer un cristianismo sin Iglesia, o de hacer una religión sin cristianismo? ¿Una religión basada puramente en elementos humanos?".

¿POR QUE NUESTROS COLEGIOS Y UNIVERSIDADES?

Parece que hay algunos —acaso muchos— que no ven claro las razones de que la Iglesia tenga centros educativos propios. Se piensa que ese esfuerzo estaría mejor empleado en una labor de apostolado directo en las masas. He aquí un comentario a este problema, hecho por quienes asistieron a la III Reunión de Prefectos de Estudios de América Latina, tenida en San Salvador, C. A., en Enero de 1967.

1.—Por eso... , no!

Recogeremos del ambiente ciertas frases que pretenden expresar por qué envían sus hijos a nuestros Colegios.

El Sr. Eustasio E. Fernández es un poderoso industrial. Anoche se graduó su hijo mayor de